

# Grito y poesía de "Raimón"

Por JOAN FUSTER

Hubo un tiempo—dicen los eruditos—en que la poesía vivió en la boca y en el oído de la gente anónima, a la intemperie de las plazas y los caminos, hecha «canción» y como «canción». Quizá no toda la poesía, pero sí parte de la poesía, en efecto, tuvo ese destino. Sin embargo, ya data de siglos su huida al cenáculo y al papel impreso: en realidad, la poesía occidental, desde el Renacimiento, desde antes incluso, se refugia en la lectura callada, o cuando más, en el recitado íntimo. El pueblo conservó aún sus canciones: las que la memoria colectiva retuvo por tradición. Eran canciones simples y bellas, con temas de leyenda, de amor o de ira, que hoy los folkloristas embalsaman en sus monografías. Una tras otra, fueron desistidas: dejaron de ser cantadas, se olvidaron. Otras palabras y otras músicas las sustituyeron: textos banales y melodías vulgares. Porque la gente necesita cantar y oír cantar y, ya abandonado el canto ancestral, se dejó arrastrar por las manufacturas de la moda. Los discos, la radio, la televisión, instrumentos de penetración eficaz sobre las masas, fueron las grandes alcahuetas del cambio. Pero apenas sirvieron para restituir al pueblo un poco de dignidad para su voz. Las «canciones» al uso—hagan ustedes un repaso de lo que recuerden—no son más que tonterías acarameladas o picarescas, onomatopeyas huecas, borborismos sentimentales. Sólo de vez en cuando, o entre el espeso agobio de tanta mediocridad, salta una excepción ingeniosa o dolorida: un negro patético o un francés de cabaret, de pronto, «cantan» cosas insólitas. Y en ellas reconocemos una brizna de poesía, de auténtica y vibrante poesía.

En una buena medida, el «fenómeno Raimón», con su rápida y expansiva difusión por todo el dominio lingüístico del catalán, se explica por eso. «Raimón» se puso a cantar, y sus canciones, de hecho, no eran sino poemas. Y lo bueno del caso, lo consolador y más satisfactorio, es que el público—un público difuso, heterogéneo, casi cogido de sorpresa—ha reaccionado a ese «cántico» con una adhesión clamorosa. Se trata de poemas sencillos, diáfanos en su expresión, breves, pero llenos de resonancias literarias del mejor estilo y contruidos con seguridad y rigor. Son fragmentos

de poesía verdadera que, sobre el rasgueo trepidante o sereno de la guitarra, y encarnados en una garganta joven, saltan a la calle y obtienen una audiencia que el libro nunca alcanzará. Los versos de «Raimón», naturalmente, le reflejan y traducen: como los versos de cada hijo de vecino son, incluso «malgré lui», reflejo y traducción del hombre que los escribe. «Raimón» es un muchacho aún: un hombre a medio hacer. Por lo menos, eso era cuando empezó a cantar. No habrá que chocarnos, por tanto, que, en frases y espíritu, sus canciones digan—digamos—el tumultuoso y confuso mundo de interrogantes que es una adolescencia. «Lanzo la piedra: ¿a dónde irá? ¿Quién sabe el hombre, quién sabe a dónde irá? O bien: «... buscando la luz, buscando la paz, buscando a Dios, al viento del mundo» ¿Ingenuo?

«Sí: ingenuo. Pero con una «ingenuidad» tan primaria y feroz que es la de «todos» en determinado momento, en determinado punto de flexión moral o intelectual. Calcando la elocución del viejo y desacreditado Rubén: «¿Quién que es no es adolescente?» ¡Hasta el anciano más proyectado apasa por estas crisis! Venerables oyentes valetudinarios lloran oyendo al cantante de Játiva, sincrónicos—a su modo—con los chicos que se sienten identificados con esta efusión «metafísica». Sólo que «Raimón» va

más allá, y de su guitarra y de su garganta—música y letra—«sales» el grito de una rebeldía virgen, inocente, y por eso mismo, despiadada. «Gritos»: el hecho mismo de su forma estentórea potencia el alcance de su intención. No «grita» quien quiere, sino quien puede. Y «Raimón» «grita». ¿Qué? Traduzco—traduzco del catalán de los valencianos—: «¡No, yo no digo no, digamos no, nosotros no somos de ese mundo» Ese «mundo» es el mundo del miedo, de la sangre, del hambre, de la opresión.

A esa sociedad que atemoriza, que mata o tortura, que explota, que coarta la libertad, «Raimón» opone un no: un «¡no!» enérgico y expeditivo. Su «poesía», en definitiva, no es «sólo» poesía: es incitación, remordimiento, desafío, esperanza, voluntad... Quienes no somos tan jóvenes nos ilusionamos con lo que en ella hay de convocatoria y de admonición. Los jóvenes—jóvenes a secas—responden con su mejor rabia, con su mejor alegría, con su mejor coraje. «Raimón» ha polarizado, para los catalanes, para «todos» los catalanes—desde el Elche alicantino al Perpiñán roselonés—, desde la Lérida vecina a Aragón a la Menorca nacionalmente escéptica (francesa, inglesa, española, en cien años), aquella fuerza instintiva, signo y alarde. Y «poesía». Poesía en la calle. Con un grito como subrayado.

